

EPILOGO.

CHACTAS, hijo de Utalisi el natche, narró esta historia el europeo René. Los padres la han contado á sus hijos, y yo viajero en lejanas regiones, he referido fielmente lo que me han contado los indios. En esta narración he visto el cuadro del pueblo cazador y del pueblo labrador; la Religión, primera legisladora de los hombres; los peligros de la ignorancia y del entusiasmo religioso, tan opuestos á las luces, á la caridad y al verdadero espíritu del Evangelio; los combates de las pasiones y la virtud en un corazón sencillo; y por último, el triunfo del Cristianismo sobre el sentimiento mas vehemente, y el temor mas terrible: el amor y la muerte.

Cuando un siminol me refirió esta historia, me pareció muy instructiva y hermosa, porque colocó en ella la flor del desierto, los encantos de la cabaña, y una sencillez en la expresión del dolor, que no me hizo olvidar haber conservado. Restábase averiguar un hecho. Pregunté cuál había sido el paradero del padre Aubry, mas como nadie acertó á decirme, hubiérame quizá ignorado eternamente si la Providencia, que dirige todo, no me hubiese descubierto lo que deseaba saber. Hé aquí por qué medios:

Habia recorrido las orillas del Meschacebé, que formaban en otro tiempo el límite meridional de la Nueva-Francia, y anhelaba ver al Norte la otra maravilla de este territorio: la catarata del Niagara, á cuyas inmediaciones había llegado en el antiguo país de los Iroqueses, cuando al atravesar una mañana una llanura, vi á una mujer sentada debajo de un árbol, teniendo un niño muerto en sus rodillas. Acerquéme lentamente á la joven madre, y le oí decir estas palabras:

«Si te hubieras quedado entre nosotros, mi querido hijo, ¡con cuánta gracia hubiera tu mano manejado el arco! Tu brazo hubiera domado al oso enfurecido, en la cumbre de la montaña, y tus pasos hubieran desafiado al corzo en su carrera. Blanco armijo del peñasco, ¿por qué te marchaste tan joven al país de las almas? ¿Qué harás para resucitar? Tu padre no está aquí para alimentarte con la caza; tendrás frío, y ningún espíritu te dará pieles para abrigarte. ¡Oh! Es preciso que me apresure á reunirme á ti, para cantarte canciones y presentarte mi seno.»

Y la joven madre cantaba con voz trémula, mecia al niño sobre sus rodillas, humedecía sus labios con la leche maternal, y prodigaba á la muerte todos los desvelos que se conceden á la vida.

Aquella mujer intentaba hacer secar el cadáver de su hijo en las ramas de un árbol, según la costumbre india, para llevarlo luego al sepulcro de sus padres.

Al efecto, desnudó al recién nacido, y respirando algunos instantes sobre su boca, le dijo: «Alma de mi hijo, alma encantadora; tu padre te creó en otro tiempo en mis labios con un beso; ¡ay! los míos no tienen el poder de darte un segundo nacimiento.» Esto dicho, descubrió su seno y abrazó los helados despojos del niño, que sin duda se hubieran reanimado al calor del corazón maternal, si Dios no se hubiese reservado el soplo que infunde la vida.

Levantóse, y buscó con la vista un árbol en cuyas ramas pudiese colocar al difunto niño. Al fin, escogió un arce, de flores encarnadas, festonado con guirnaldas de apios, y que esparcía los mas suaves perfumes. Bajó con una mano las ramas inferiores, y con la otra colocó el niño; y soltando la rama, esta recobró su posición natural, llevando los despojos de la inocencia ocultos en su embalsamado follaje. ¡Oh! ¡Cuán tierna es esta costumbre india! Yo os he visto en vuestros devastados campos, fastuosos monumentos de los Crasos y los Césares; pero prefiero á vosotros esos sepulcros aéreos de los salvajes, esos mausoleos de flores y de verdor, perfumados por la abeja, mecidos por el céfiro, y en los que el ruiseñor construye su nido y hace oír sus quejumbrosas melodías. Si la mano de un amante ha colocado los restos de una doncella en el árbol de la muerte; si una madre ha depositado los despojos de un hijo querido en la morada de los pajarillos, el encanto se acrecienta. Acerquéme á aquella mujer que lloraba al pie del arce, é imponiéndole las manos en la cabeza, exhalé los tres gritos de dolor. Luego, sin hablarle, y tomando como ella un ramo, ahuyenté los insectos que zumbaban en torno del niño, evitando asustar á una paloma vecina, á la cual decía la india: «¡Paloma! Si no eres el alma de mi hijo, que ha emprendido su vuelo, eres sin duda una madre que busca alguna cosa para hacer un nido. Toma estos cabellos, que ya no lavaré en agua de raíz de china; tómalos para acostar á tus pequeños, y ¡ojalá te los conserve el Gran Espíritu!»

No obstante, la pobre madre lloraba de alegría viendo las atenciones del extranjero. Mientras hacíamos esto, se acercó un joven y le dijo: «Hija de Celuta, retira á nuestro hijo, pues nos es forzoso partir al brillar el primer sol.» Yo dije entonces: «Hermano, te deseo un cielo azul, muchos corzos, un manto de castor, y la esperanza. ¿No eres de este desierto?—No, repuso el joven; somos unos desterrados, que vamos en busca de una patria.» Así hablando; el guerrero inclinó la cabeza sobre el pecho, y cortaba, como distraído, las corolas de las flores con la extre-

midad de su arco. Conoció que se ocultaban muchas lágrimas en el fondo de aquella historia, y enmudeció. La mujer tomó su hijo de las ramas del arce, y lo entregó á su esposo. Entonces dije: «¿Queréis permitirme que encienda vuestra hoguera esta noche?—No tenemos cabaña, replicó el guerrero con sordo acento; si queréis seguirnos, acamparemos al borde de la catarata.—Soy gustoso, repuse;» y partimos juntos.

Poco tardamos en llegar al borde de la catarata, que se anunciaba en sus espantosos mugidos: está formada por el río Niagara, que sale del lago Erié y desemboca en el lago Ontario, siendo su altura perpendicular de ciento cuarenta y cuatro pies. Como desde el lago Erié hasta el salto, corre el Niagara por una rápida pendiente, en el momento de la caída es menos un río que un mar, cuyos tronadores torrentes se empujan y chocan á la entreabierta boca de un abismo. La catarata se divide en dos brazos, y se encorva á manera de herradura. Entre estos brazos se adelanta una isla, que socavada por sus cimientos, parece suspendida, con todos sus árboles sobre el caos de las ondas. La masa de río que se precipita hácia el Mediodía, se redondea á manera de un inmenso cilindro, y desplegándose luego como una cortina de nieve, resplandece al sol con todos los colores, mientras la que se despeña hácia Oriente, baja en medio de una sombra espantosa, á semejanza de una columna del diluvio. Mil arcos iris se encorvan y cruzan sobre el pavoroso abismo. Las aguas, al azotar los estremecidos peñascos, saltan en espesos torbellinos de espuma, que se levantan sobre los bosques cual los remolinos de humo de un vasto incendio. Los pinos, los nogales silvestres y las rucas cortadas á manera de fantasmas, decoran aquella escena sorprendente; las águilas, arrastradas por la corriente de aire, bajan revoloteando al fondo del antro, y los carcajús se suspenden por sus flexibles colas de la extremidad de una rama, para coger en el abismo los mutilados cadáveres de los alces y osos.

Mientras contemplaba aquel soberbio espectáculo con un placer mezclado de terror, la india y su esposo se alejaron de mí. Busquéles, subiendo el río, antes de despeñarse, y les hallé á poco en un lugar adecuado á su quebranto. Estaban tendidos sobre la yerba, en compañía de unos ancianos á cuyo lado vi unas osamentas humanas envueltas en pieles de fieras. Atónito ante lo que veía hacia ya algunas horas, sentéme cerca de la joven madre y le dije: «¿Qué significa todo esto, hermana mía?» La india me respondió: «Hermano mio, esta es la tierra de la patria, y estas son las cenizas de nuestros antepasados que nos siguen á nuestro destierro.—¿Y cómo habeis sido reducidos, replicó, á tanto infortunio?» La hija de Celuta respondió: «Somos los restos de los natchez, porque, después de la matanza que los franceses hicieron en nuestra nación, para vengar á sus hermanos, los que de los nuestros lograron sustraerse á la saña del vencedor, hallaron hospitalidad en los Chikasas, nuestros vecinos. Entre ellos hemos permanecido tranquilos largo tiempo; pero há siete lunas que los blancos de la Virginia se han apoderado de nuestras tierras, diciendo que les han sido otorgadas por un rey de Europa. Hemos levantado los ojos al cielo, y cargando con los restos de nuestros mayores, hemos emprendido nuestro camino á través del desierto. Yo he partido durante la marcha; y como mi leche era mala, á causa del dolor, ha causado la muerte á mi hijo.» Esto dicho, la joven madre enjugó sus ojos con sus cabellos, y yo lloré tambien.

Poco despues le dije: «Hermana mia, adoremos al Gran Espíritu, pues todo acontece por disposición suya. Todos somos viajeros, y nuestros padres lo han sido asimismo, pero hay un lugar en donde descansaremos. Si no temiese tener la lengua tan fácil como la de un blanco, te preguntaría si habias oído

hablar de Chacas, el natche.» Al oír estas palabras, la india me miró y me dijo: «¿Quién te ha hablado de Chactas, el natche?—La sabiduría, le repliqué.» La india prosiguió: Voy á decirte lo que sé, porque has auyentado las moscas del cuerpo de mi hijo, y porque acabas de decir hermosas palabras acerca del Gran Espíritu. Yo soy la hija de la hija de René, el europeo adoptado por Chactas. Este, que había recibido el bautismo, y mi desgraciado abuelo René perecieron en la matanza.—El hombre camina incesantemente de dolor en dolor, respondí inclinándome. ¿Y podrias darme tambien nuevas del padre Aubry?—No fue mas dichoso que Chactas, dijo la india, pues los queroqueses, enemigos de los franceses, penetraron en su Misión, atraídos por la campana que llamaba en auxilio de los viajeros. El padre Aubry hubiera podido salvarse, pero no quiso abandonar sus hijos, y permaneció entre ellos para animarles á la muerte con su ejemplo. Fue pues quemado en medio de terribles tormentos, sin que se pudiese arrancarle un solo grito ofensivo á su Dios ó á su patria, pues durante el suplicio no cesó de orar por sus verdugos, y de compadecerse de las víctimas. Deseando arrancarle una muestra de debilidad, los queroqueses trajeron á sus pies un salvaje cristiano, á quien habían mutilado horriblemente. Pero su sorpresa fue grande, cuando vieron que aquel joven se arrodillaba y besaba las heridas del anciano ermitaño, que le gritaba: ¡Hijo mio! hemos sido ofrecidos en espectáculo á los ángeles y á los hombres. Furiosos los indios, le introdujeron un hierro hecho ascua en la garganta para evitar que hablase; y no pudiendo consolar mas á los hombres, espiró.

Dícese que los queroqueses, aunque tan acostumbrados á ver sufrir con constancia á los salvajes, no pudieron dejar de confesar que en el humilde valor del padre Aubry había algo que les era desconocido, y que sobrepujaba todo el arrojo de la tierra. Asombrados muchos de ellos de tal muerte, se hicieron cristianos.

Algunos años despues, Chactas, á su regreso del país de los blancos, noticioso de las desgracias del jefe de la oración, partió en busca de sus cenizas y de las de Atala. Llegó al lugar de la Misión, pero apenas pudo reconocerlo, porque el lago se había desbordado, la sábana se había trocado en un pantano, y el puente natural, al venir á tierra, había sepultado debajo de sus escombros el sepulcro de Atala y los Bosquecillos de la muerte. Chactas vagó mucho tiempo por aquel lugar; visitó la gruta del solitario, que halló obstruida por las malezas y los frambuesos, y en la cual una cierva alimentaba su cervatillo. Sentóse en el peñasco de la Vigilia de la muerte, en el que solo vió algunas plumas desprendidas de las alas de las aves de paso. Mientras se entregaba al llanto, la serpiente doméstica del misionero salió de los vecinos matorrales, y fue á enroscarse á sus pies. Chactas abrigó en su seno aquel fiel amigo, único morador de las ruinas, y cortó que muchas veces, á la proximidad de la noche, había creído ver levantarse en los vapores del crepúsculo las sombras de Atala y del padre Aubry: visiones que le llenaban de un religioso terror y de una melancólica alegría.

Despues de haber buscado en vano el sepulcro de su hermana y el del solitario, se disponia á abandonar aquellos lugares, cuando la cierva de la gruta se puso á dar saltos delante de él, y se detuvo al pie de la cruz de la Misión, rodeada á la sazón de agua hasta la mitad; su madera estaba destruida por el musgo, y el pelicano del desierto se complacía en posarse sobre sus carcomidos brazos. Chactas creyó que la cierva reconocida le había conducido al sepulcro de su antiguo huésped, y escavando los cimientos del peñasco que en otro tiempo servia de altar, encontró

los restos de un hombre y de una mujer. No dudó
 fuesen los del sacerdote y la virgen, tal vez enterra-
 dos por los ángeles en aquellos lugares, y envolvién-
 dolos en pieles de oso, volvió á tomar el camino de
 su patria, llevando consigo los preciosos restos, que
 resonaban sobre su espalda como el carcaj de la
 muerte. Al llegar la noche, poniólos bajo su cabeza,
 y se veía rodeado de gratos ensueños de amor y de
 virtud. ¡Extranjero! Aquí puedes contemplar este
 polvo, con el del mismo Chactas.»

Quando la india hubo pronunciado estas palabras,
 me levanté, y acercándome á aquellas sagradas ceni-
 zas, me arrodillé en silencio ante ellas. Luego, ale-
 jándome con acelerados pasos, exclamé: «¡Así pasa
 en la tierra todo lo bueno, virtuoso y sensible! ¡Hom-
 bre! No eres otra cosa que un rápido sueño, una do-
 lorosa fantasía; no existes sino para el mal; no tie-
 nes otro valor que el de la tristeza de tu alma, y la
 eterna amargura de tus pensamientos!»

Estas reflexiones me ocuparon toda la noche, y al
 amanecer del día siguiente mis huéspedes se alejaron

de mí. Los guerreros jóvenes abrían la marcha, y las
 esposas la cerraban; los primeros iban cargados con
 las santas reliquias de sus ascendientes, las segundas
 llevaban sus tiernos hijos, y los ancianos caminaban
 lentamente en medio, colocados entre sus abuelos y
 su posteridad, entre los recuerdos y la esperanza, en-
 tre la patria perdida y la que se prometían hallar. ¡Oh!
 ¡Cuántas lágrimas se derraman cuando se abandona de
 esta manera la tierra natal, y cuando desde lo alto de
 la colina del destierro se descubren por última vez el
 techo á cuya sombra nacimos, y el río de la cabaña,
 que continua deslizándose tristemente á través de los
 yermos campos de la patria!

¡Indios sin ventura, á quienes he visto vagar por
 los desiertos del Nuevo-Mundo, cargados con las ce-
 nizas de vuestros padres; vosotros me habeis conce-
 dido hospitalidad á pesar de vuestra miseria. Yo no
 puedo devolvérosla hoy, porque vago también á mer-
 ced del capricho de los hombres; pero menos feliz
 que vosotros en mi destierro, no llevo conmigo los
 huesos de mis padres!

FIN DE LA ATALA

EL RENE,

POR EL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND

TRADUCIDO

POR DON MANUEL M. FLAMANT.



CHATEAUBRIAND.

MADRID.
 IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,
 calle del Príncipe núm. 4.
 1854.